

que las de los otros ¡cuántos proyectos diversos concebían! ¡cuántas especies de esclavitud!» (1).

Marco Aurelio despreciaba las cosas humanas, estaba disgustado de la vida: ¿cómo había de ser ambicioso? Participa de los sentimientos de los estóicos acerca de la gloria: «¿Vendrá tal vez á agitarte la vanidad de la gloria? Considera entónces con qué rapidez sepulta el olvido todas las cosas: qué abismo infinito de tiempo tienes así delante como detras de tí; cuán vana cosa es un ruido que resuena; cuán variables y desprovistos de juicio son los que parecen aplaudirte: en fin, lo reducido del círculo á que se extiende tu fama: porque la tierra entera no es más que un punto; y ¡cuán pequeña es además la parte que en ella ocupamos! y en este rincón, ¿cuántos hombres hay, y cuáles, para celebrar tus alabanzas?» (2) La fama fatiga al emperador filósofo: se reconcentra en sí mismo. No lo consignamos como un mérito. Si las inteligencias más poderosas, si las almas más bellas huyen de la sociedad, ¿qué será del progreso de la humanidad? No declamemos contra la ambición y la gloria, con tal que tengan por objeto los grandes intereses de la civilización.

Para excusar á Marco Aurelio, recordemos que vivió en una época de decadencia general y que carecía de fe en el progreso (3). Se abandonó á una especie de fatalismo y se reconcentró en sí mismo. Cuando muere un mundo y el porvenir está cubierto de tinieblas, tal vez puede permitirse á las almas elevadas que se retiren á su fuero interno (4). ¡Grandes y admirables son los que, como Marco Aurelio, no se han preocupado en la soledad de su alma más que de la felicidad de sus semejantes!

(1) M. AURELIO., *Pensamientos*, VIII, 3.

(2) *IBID.*, IV, 3. Compárese III, 10; IV, 9; VIII, 21; IX, 30.

(3) El que ve el presente lo ha visto todo, no sólo las cosas que han sido de toda eternidad, sino las que serán hasta lo infinito; porque todo es siempre de la misma naturaleza y de la misma forma» (*Pensamientos*, VI, 37).—«Nada hay nuevo; todo es conocido y nada dura más que un instante» (*Pensamientos*, VII, 1).

(4) «Nur in Zeiten, wo die Wirklichkeit eine hohle geist-und haltungslose Existenz ist, mag es dem Individuum gestattet sein, aus der wirklichen in die innerliche Lebendigkeit zurück zu fliehen» (HEGEL, *Philosophie des Rechts*, § 138).

### § VIII.—La filosofía religiosa.

#### N.º 1.—La filosofía pagana y el cristianismo.

Se ha creído durante mucho tiempo que habían existido comunicaciones directas entre la filosofía pagana y la tradición cristiana. La analogía de las doctrinas es evidente; pero, desconociendo la idea del progreso, que hubiera podido explicarla, se supuso que los filósofos se habían inspirado en los libros sagrados de los cristianos y de los Judíos (1). El orgullo de los Hebreos favoreció estas hipótesis. Un judío alejandrino, Aristóbulo, reivindicó para su patria la gloria de haber iniciado á la Grecia en la filosofía; supuso la existencia de una antigua traducción de la Biblia, en la cual, según él, habían adquirido Platon y Aristóteles su sabiduría; forjó versos que atribuyó á Orfeo, á Lino, á Hesiodo, y que demostraban que desde los tiempos más remotos habían tenido los Griegos conocimiento de las instituciones del pueblo de Dios: una interpretación alegórica le ayudó á encontrar en los libros sagrados todas las especulaciones de la filosofía griega (2). Philon fué más allá en el camino de las alegorías. Moisés no fué ya el legislador de un pueblo aislado, sino un filósofo como Sócrates: el atrevido intérprete no se contentó con exponer la relación entre Heráclito, Zenon y la sabiduría hebráica, sino que declaró á Licurgo y Solon tributarios de los Hebreos (3).

Los padres de la Iglesia adoptaron con avidez estas hipótesis. Sorprendíales la semejanza que existe entre las enseñanzas de Cristo y la doctrina de Platon; pero hubieran temido injuriar á la divinidad de su maestro, admitiendo que la razón humana por su solo poder hubiera sido capaz de alcanzar aquella altura; todo lo

(1) SELDEN, *De jure naturali et gentium*, I, 2.

(2) VALCKENAER, *De Aristobulo philosopho judaico peripatético*.—El historiador JOSEFO repite estas fábulas. Según él, Pitágoras, Platon y todos los filósofos griegos son discípulos de Moisés (c. *Apion.*, I, 22; II, 16).

(3) PHILON., *Quis rer. divin. haer.*, p. 346 ed. Turneb.; *Quod omnis probus liber*, p. 598; *De Mose*, II, p. 447.

que habia de grande, de bello en las especulaciones metafísicas y morales de la antigüedad, no podia ser más que tomado del Evangelio ó de la Biblia (1). Los santos padres no retrocedieron ante ningun anacronismo, ante ninguna suposición por absurda que fuese. Como Pitágoras habia viajado mucho, se le hizo entrar en relaciones con los Judíos; el sabio de Samos fué trasformado en monje del monte Carmelo (2). Platon habia escuchado á Jeremías en Egipto, por más que su nacimiento es posterior en su siglo al del profeta (3). Imagináronse no sé qué relaciones entre Aristóteles y los Hebreos, y hasta se llegó á decir que era Judío (4). Se forjó una correspondencia entre Séneca y San Pablo; poco faltó para que hiciesen á los Estóicos discípulos de Cristo (5).

Hoy está averiguado que la permanencia de Pitágoras en el monte Carmelo; la traducción de la Biblia anterior á la de los Setenta; el judaismo de Aristóteles (6); la correspondencia entre Séneca y el apóstol de los Gentiles, no son más que fábulas; pero la opinion de que los Estóicos del Imperio tuvieron conocimiento de los dogmas del cristianismo (7) encuentra todavía partidarios. Un gran jurisconsulto le ha dado el apoyo de su autoridad. «El procónsul, dice Mr. Troplong, ante quien fué conducido San Pablo, como culpable de supersticiones nuevas (8), era el hermano

(1) SELDEN, I, 2, cita los pasajes. Como los filósofos griegos no hacen jamás mención de estos pretendidos préstamos, los padres de la Iglesia los acusaron de ingratitud y áun de robo. CLEMENT. ALEXANDR., *Strom.*, V, 1, p. 650: *παροστήσαμεν κλέπτα; λέγεσθαι τοῦ; τῶν Ἑλλήνων φιλοσόφου; παρά Μουσεῶ; καί τῶν προφητῶν τὰ κύριωτάτα τῶν δογμάτων οὐκ εὐχαρίστω; εἰληρότα.*

(2) BRUCKER, *Hist. crit. Phil.*, t. I, p. 1002, 1004.

(3) AUGUSTIN, *De doctrina Christ.*, II, 28; *de Civ. Dei*, VIII, II.—CLEMENTE DE ALEJANDRÍA llama á Platon ὁ ἐξ Ἑβραίων φιλόσοφος; (*Strom.*, I, 1, p. 274).

(4) BAYLE se ha tomado el trabajo de refutar estas tonterías (en la palabra *Aristóteles*).

(5) BRUCKER, t. II, p. 561.

(6) CALMET ha refutado la opinion de los padres de la Iglesia en una disertación titulada: «Disertación en que se examina si los antiguos legisladores y los filósofos han tomado de la Sagrada Escritura sus leyes y su moral» (*Disertaciones acerca de la Sagrada Escritura*, t. I, p. 579-592).

(7) BRUCKER acusa á los Estóicos de haber robado su ley moral á los cristianos (*De stoicis, subdolis christianorum imitatoribus.*—*C. Hist. crit. Phil.*, t. II, p. 532).

(8) *De la influencia del cristianismo sobre el derecho civil de los Romanos* (c. IV).—TROPLONG dice que los mejores críticos admiten hoy un cambio de

de Séneca; no puede suponerse que le haya dejado ignorar un hecho tan notable. Cuando el apóstol vino á Roma á predicar la buena nueva, Séneca estaba prevenido y la novedad de la doctrina debió llamar la atención del filósofo. Antes de la llegada de San Pablo el cristianismo habia ya penetrado en Roma: ahora bien, la verdad tiene un poder secreto para propagarse; se apodera insensiblemente de los espíritus. La filosofía de Séneca deja conocer la influencia del cristianismo; reconoce el parentesco natural de los hombres, que es casi la fraternidad cristiana.»

Esta relacion entre el estoicismo y el cristianismo se funda en una ilusión histórica. El Evangelio presenta á nuestra vista tanto brillo que creemos fácilmente que desde su aparición fijó la atención de todos los pensadores. La historia dista mucho de confirmar esta suposición. Cincuenta años despues de Séneca hablaron dos escritores romanos de la secta nueva. «Los cristianos, dice Suetonio, especie de hombres infectados por supersticiones peligrosas, fueron condenados al suplicio.» El lenguaje de Tácito es más desdeñoso y áun más injusto (1). Cristianos y Judíos eran confundidos en el mismo desprecio: ¡y se quiere que la Ciudad Eterna haya prestado atención á sus creencias! Indudablemente la verdad es contagiosa, pero se necesita por lo ménos que sea conocida para que los espíritus la reciban. Ahora bien, en los primeros siglos los filósofos y los políticos no sospechaban que los cristianos tuviesen una doctrina. Plinio y Trajano estuvieron en relacion con los nuevos sectarios; sin embargo, en la correspondencia entre el magistrado y el emperador no hay una palabra que revele el conocimiento de los dogmas del cristianismo. Adriano vió cristianos en Alejandría; los confundió con los adoradores de Jehová y de Serapis. Marco Aurelio, que, segun se dice, tomó sus bellos *Pensamientos* de los cristianos, los conocia tan poco que atribuyó el heroismo de los mártires á una pura terquedad (2). Los

ideas entre San Pablo y Séneca: cita á Schoell y Durosoir, el traductor de Séneca. La opinion general es, por el contrario, que semejantes relaciones no tienen fundamento. Véase á BAEHR, *Geschichte der römischen Literatur*, § 341 á § 344, notas 14, 15 y 16.—BAUB, en el *Diario de teología científica*, 1858.

(1) SUTTON., *Ner.*, c. 16.—TACIT., *Annal.*, XV, 48.

(2) *Pensamientos*, XI, 3.

escritores participaban de las preocupaciones dominantes. La Biblia de los Setenta permitía á los Griegos iniciarse en la literatura sagrada de los Hebreos; la aprovecharon tan poco que Plutarco compara el Dios de los Judíos á Baco, y discute gravemente la cuestion de saber si adoraban una cabeza de asno (1). En presencia de tales hechos debe decirse con *Neander*, el sabio historiador del cristianismo, que la palabra de vida no habia penetrado todavía, en el siglo segundo, la atmósfera intelectual (2).

Si efectivamente Séneca se hubiese inspirado en el cristianismo, debería haber huellas de creencias cristianas en los escritos del filósofo. Un escritor frances se ha tomado el trabajo de hacer resaltar las analogías de lenguaje y de ideas que, segun los católicos, existen entre la filosofía del estóico romano y el cristianismo (3). Colocados sobre este terreno es bien fácil resolver la cuestion. Tenemos las obras de Séneca. Comparémoslas á la predicacion de los primeros discípulos de Cristo. Los apóstoles predicaban el fin del mundo y el arrepentimiento, el reino de los cielos, la recompensa de los buenos y el castigo de los malos. Que se nos muestren tales sentimientos y tales ideas en Séneca. *Mr. Fleury* dice que la creencia del pecado y de la debilidad humana, tan extraña al paganismo, se encuentra en el estóico latino; cita las palabras de que «la conciencia de nuestras faltas es el principio de nuestra salvacion.» El escritor católico triunfa. Pues bien, abrimos á Séneca y vemos que la máxima que acabamos de citar está tomada de Epicuro (4). ¡Hé aquí, pues, á Epicuro transformado en apóstol de Jesucristo! Con semejantes argumentos es fácil encontrar todo el cristianismo, áun la Trinidad, en Séneca. No hay más que una pequeña dificultad; que sería menester empezar por probar que San Pablo conocia la Trinidad, y esperamos todavía la prueba.

Si se quiere hallar analogías entre el estoicismo romano y la doctrina cristiana es menester abandonar el terreno de las creen-

(1) PLUTARCH., *Quest. Conv.*, IV, 6.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. I, p. 47.

(3) FLEURY, *Séneca y San Pablo*, 2 vol.

(4) SENEC., *Epist.*, 28, § 9. *Egregie mihi hoc videtur dixisse Epicurus.* — C. Bähr, en los *Heidelberger Jahrbücher*, 1854, p. 7-25.

cias propias del cristianismo. Pero estas analogías se explican por el progreso regular de los sentimientos y de las ideas; tales son los dogmas de la fraternidad y de la igualdad de los hombres. Inspirados por Sócrates, los estóicos concibieron el mundo como una gran ciudad, de la que son miembros todos los hombres. El cosmopolitismo, trasplantado á Roma, tomó las proporciones del inmenso Imperio; hizo nacer la idea de la unidad humana. La igualdad de los hombres habia sido presentida largo tiempo ántes de Séneca: en la época misma en que Aristóteles trataba de justificar la esclavitud, otros pensadores reivindicaban la libertad para todos los hombres. La moral de Séneca, de Epicteto y de Marco Aurelio tiene su origen en la de Sócrates y Platon; si la filosofía de los estóicos no puede explicarse más que por el contacto con el cristianismo, para ser consecuentes es menester remontarse más arriba y sostener con los Padres de la Iglesia que Platon ha tenido conocimiento de las Sagradas Escrituras. Elevémonos á una concepcion más vasta de la generacion y de la marcha de las ideas, y nos convencerémos de que la antigüedad entera ha sido una preparacion del mundo moderno.

Los conquistadores abrieron el camino á Roma y solamente la unidad romana hizo posible la predicacion del Evangelio. Los filósofos echaron los fundamentos de una religion nueva enseñando la unidad de Dios; tuvieron el instinto de la fraternidad y de la igualdad. Estas ideas no eran ya una pura teoría. Ya la igualdad se habia realizado en la ciudad. El cristianismo no hizo más que desarrollar los gérmenes que existian en la ciudad antigua; extendió la igualdad á la humanidad entera; la verdad, que era el privilegio de algunos espíritus, fué el patrimonio comun de todos los hombres. Este era un desenvolvimiento y á la vez un inmenso progreso. Esta apreciacion del cristianismo no le quita nada de su gloria: precisamente la impotencia de la filosofía antigua es quien ha hecho necesaria la venida de Cristo.

N.º 2. — *El sincretismo filosófico.*

La filosofía empezó por la contemplación de la naturaleza; desde Sócrates tomó un carácter moral; en la decadencia de la antigüedad se hizo religiosa. Con esta tendencia de la filosofía coincidió un movimiento análogo en el paganismo, que lo explica. La filosofía religiosa y el sincretismo procedían del mismo origen, de la necesidad de una nueva creencia que experimentaba el género humano al fin de la antigüedad. Ya había nacido aquel que había de dar satisfacción á esta necesidad; la buena nueva circulaba en la sombra, é iba á renovar en breve el mundo. Pero el paganismo no comprendió los dogmas de caridad y de fraternidad que predicaba Cristo; hizo un supremo esfuerzo por encontrar en sí mismo las condiciones de una vida nueva. La tentativa, hecha directamente en la esfera religiosa, fracasó. La filosofía á su vez se propuso el mismo objeto, pero no tuvo más fortuna.

La oposicion de las diversas sectas desacreditó á la filosofía. Sobre las ruinas de todos los sistemas se levantó el escepticismo, como para demostrar el vacío de toda especulación. La antigüedad no tenía ya el poder de crear una doctrina que se inspirase en los trabajos anteriores, dominándolos con una concepcion superior. Se buscó la unidad en la conciliacion de las antiguas escuelas. Se dijo que sus contradicciones versaban sobre cosas indiferentes, al paso que estaban conformes en los puntos esenciales. El movimiento natural de los espíritus fué favorable á esta obra de fusion. Insensiblemente las sectas habian perdido su rigor primitivo; nacidas de un mismo origen, volvian á él, por decirlo así, olvidando su diversidad; el estoicismo tomaba parte de la doctrina de Sócrates; el platonismo se relacionaba con la moral del Pórtico (1). Esta aproximacion de las doctrinas rivales era una preparacion á la unidad. El espíritu que presidió á este trabajo no era el espíritu filosófico: los filósofos pensaban bajo la influencia de la necesi-

(1) RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IV, p. 38 y sig.—TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. V, p. 230 y sig.

dad religiosa que agitaba las almas; lo que pedían era una creencia. Ahora bien, había al lado del politeísmo greco-romano antiguas religiones, consideradas ya por los primeros filósofos de la Grecia como la fuente de la sabiduría. El Egipto había atraído á sus santuarios á los Platones y Pitágoras; las conquistas de Alejandro pusieron á los Griegos en relacion con la India, la Persia y la Judea. Todas las especulaciones del Oriente tenían un color teológico; parecía que ofrecían á los últimos pensadores de la Grecia lo que deseaban: una concepcion á un tiempo religiosa y filosófica que sirviera de lazo de union á todos los sistemas creados por el genio griego.

Bajo la influencia de estas ideas tuvo lugar la fusion de las doctrinas orientales y helénicas. Se repitió sobre las religiones el mismo trabajo que se verificaba en el terreno de la filosofía: se las consideró como formas diversas de una concepcion única, cuyo origen estaba en una revelacion primitiva.

Buscar la verdad absoluta, de la cual los dogmas del Oriente y las doctrinas de la Grecia eran como rayos sueltos, tal fué el objeto que se propuso la filosofía religiosa (1). ¡Manifestacion notable del espíritu que agitaba al mundo antiguo la víspera de su dissolution! Había gérmenes de porvenir en este último trabajo de la antigüedad. La filosofía, tratando de convertirse en religion, revelaba la identidad fundamental de estas dos fases de la verdad, que no se diferencian más que por el método y por la forma. Era un error el creer que todas las religiones y todas las filosofías podían fundirse, y que de esta fusion nacería la doctrina de vida que la humanidad esperaba; pero había tambien en aquella creencia un presentimiento muy exacto de la revelacion continua que Dios realiza en el seno de la humanidad. Sí, las religiones de la India, de la Judea, del Egipto y de la Persia; las doctrinas de Pitágoras y de Platon, son fragmentos de la verdad absoluta; pero esta verdad se manifiesta sucesiva y progresivamente; no se la descubre en los sepuleros de lo pasado, en medio de las cenizas y de los huesos de los muertos; si se la quiere encontrar es menester dirigir las miradas al porvenir. Mientras la filosofía hacía vanos es-

(1) RITTER., t. IV, p. 42 y sig.

fuerzas por remontarse á una religion primitiva, el cristianismo, sin dejar de inspirarse en lo pasado, iluminaba á la humanidad con un nuevo rayo de la luz eterna.

Los vanos esfuerzos del paganismo y de la filosofía para infundir vida á las antiguas creencias encierran una grave enseñanza para el siglo XIX. Hoy tambien hay una religion que se va ó que tiene que modificarse si quiere reconquistar el imperio de las almas. Sin embargo, hay hombres de fe y de inteligencia que dicen que la salvacion del género humano está en volver al cristianismo histórico. A éstos les preguntaremos: ¿por qué los altares de Cristo se han visto abandonados? ¿No consiste en que las creencias cristianas, tales como las ha fijado é inmovilizado la Iglesia, no satisfacen ya á las almas? Y si esto es así, ¿no es una tentativa que implica contradiccion ofrecerles como alimento de fe esas mismas creencias que rechazan? Y en resumen, ¿quién ha traído á la sociedad al estado de incredulidad que se deplora? Durante diez y ocho siglos el cristianismo ha tenido la direccion de los pueblos, y al cabo de este imperio secular la sociedad ha llegado á encontrarse inerédula, como lo era bajo el Imperio Romano. ¿Será buena manera de restituírle su fe encaminarla nuevamente á aquella doctrina que la ha conducido á la incredulidad? No se rehabilitará el cristianismo tradicional, como no se ha rehabilitado el paganismo. Cuando las ideas y los sentimientos cambian, la religion debe modificarse igualmente; si si inmoviliza miéntras la sociedad avanza, la excision entre la fe y la razon se hace inevitable. Para volver á los hombres á la fe del pasado sería necesario poder resucitar todos los sentimientos, todas las ideas que le han dado origen y le han favorecido: ¿quién no ve que ésta es la más imposible de las imposibilidades?

### N.º 3.—*El neopitagorismo.*

Habia entre las escuelas filosóficas dos sectas que se prestaban maravillosamente á la tendencia dominante en los espíritus. El pitagorismo fué desde su origen una especie de comunidad religiosa, y el platonismo se aproximaba tanto á la religion, que acabó

por ser la filosofía de los Padres de la Iglesia. Los hombres que, imbuidos en el espíritu antiguo, rechazaron el cristianismo sin dejar de experimentar la necesidad de una creencia nueva, se agruparon alrededor de Platon y de Pitágoras (1).

La filosofía pitagórica habia desaparecido despues de las violentas persecuciones de que sus discípulos fueron objeto en la Gran Grecia. Resucitó, por decirlo así, en los primeros siglos de la era cristiana, cuando se despertó el sentimiento religioso. El pitagorismo satisfacía una de las necesidades más imperiosas de la naturaleza humana, el instinto de la inmortalidad. Presentaba otro atractivo igualmente poderoso, la aureola divina con que la tradicion rodeó á su fundador. Cuando el politeísmo entró en su decadencia, se produjo un vacío inmenso en el corazon del hombre; trató de llenarlo entregándose á mil supersticiones que le prometían aproximarle á la Divinidad. Las cosas milagrosas que se contaban de Pitágoras daban á su doctrina un color sobrenatural que estaba en perfecta armonía con la disposicion de los espíritus (2).

Este movimiento se encarnó en un hombre que la antigüedad colocó entre sus dioses (3). Los Padres de la Iglesia acusaron á los paganos de presentar la vida y los milagros de Apolonio de Tyana frente á frente de la santa existencia de Jesucristo (4). Su indignacion se ha perpetuado á traves de los siglos: un sabio historiador de la filosofía representa al discípulo de Pitágoras como un «impostor, como el enemigo infernal del género humano», y su acusacion ha encontrado eco hasta en nuestro siglo (5). Sin embargo, Eusebio habia ya dado el ejemplo de una apreciacion más racional, atribuyendo los sucesos milagrosos que abundan en

(1) RITTER, *Geschichte der Philosophie*, t. IV, p. 44.

(2) TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. V, p. 196 y sig. Uno de los primeros pitagóricos que aparece bajo el imperio, es una especie de mágico (BRUCKER, *Hist. crit. Phil.*, t. II, p. 86).

(3) EUNAPIO dice de Apolonio ἦν τι θεῶν καὶ ἀνθρώπων μέσον (EUNAP., *Proem.*, p. 3, ed. Boissonade). Su vida es el paso de un dios sobre la tierra (IB.). Ciudades de la Grecia y del Asia le erigieron templos (PHILOSTR., *Vit. Apoll.*, I, 5).

(4) Véanse los testimonios en BAYLE, en la palabra *Apollonius*.

(5) BRUCKER, t. II, p. 143, 101.—SCHOELL, *Historia de la literatura griega*, t. V, p. 60.

la vida de Apolonio, á su biógrafo (1). Uno de los grandes escritores de Alemania, siguiendo esta indicacion, ha elevado un bello monumento á la memoria del filósofo pitagórico (2). No seguiremos á Wieland en sus ingeniosas, pero problemáticas hipótesis. El verdadero carácter y la mision de Apolonio resaltan con evidencia, cuando se le compara con el estado de la sociedad en cuyo seno apareció (3).

El cristianismo trajo á la humanidad la fe que necesitaba. Pero necesitaba preparacion para penetrar en los espíritus. La filosofía fué uno de los instrumentos de que la Providencia se sirvió para allanar el camino á Cristo. En la época en que nació Apolonio (4) habia llegado el momento de la trasformacion de la sociedad. Mientras Jesus anunciaba la buena nueva á los Judíos, el filósofo, impulsado por una inspiracion ménos poderosa, pero igualmente noble y pura, iba por el mundo pagano predicando la doctrina de Pitágoras. Lo mismo que Cristo, con quien se le ha comparado, practicaba las virtudes que enseñaba. En medio de una sociedad corrompida por el oro y la sensualidad, despreció las riquezas; su vida puede compararse con la de un santo. Apolonio no era tanto un filósofo como un sacerdote; se detenia en todos los templos, ofrecia sacrificios á todos los dioses. Pero su religion era superior á la del sacerdocio con quien conversaba; era austero como un cenobita; no adoraba dioses particulares, locales: frecuentó el trato de los magos y de los gimnosofistas; su espíritu tenía un carácter de universalidad análogo al del cristianismo. Desgraciadamente no nos quedan de él más que algunas cartas, cuya autenticidad es dudosa, y una biografía llena de fábulas. En la incertidumbre que reina acerca de los sentimientos de Apolonio, nos atenderemos á las opiniones que se derivan del pitagorismo que profesaba.

Las sociedades fundadas por Pitágoras tenían por base la caridad y la comunidad de bienes. Apolonio predicó esta doctrina á

(1) EUSEB., *adv. Hierocl.*, c. 4, 5; *Demonstrat. Evang.*, p. 514.

(2) WIELAND, en su *Agathodæmon*.

(3) Tomamos esta apreciacion de Apolonio de LEROUX (*Enciclopedia Nueva*, en la palabra *Apollonius*).

(4) Se fija su nacimiento en el mismo año que el de Jesucristo.

las poblaciones que se apresuraban á escucharle. Un día se sirvió de una interesante parábola para inculcar su moral á sus oyentes. En un árbol inmediato habia varios gorriones. De repente uno de ellos empezó á chillar, como si tuviera que anunciarles alguna noticia interesante. Los demas le respondieron con un gorjeo universal; y luégo echaron todos á volar. Apolonio guardó silencio por algun tiempo. «Preguntaréis, dijo por fin á los espectadores sorprendidos de la fuga de los pájaros y de la interrupcion del orador, cuál es la causa de cuanto acabais de ver: héla aquí. Un hombre ha dejado caer un saco de trigo, y han quedado en el suelo algunos granos. Un gorrion lo ha visto y ha venido á invitar á los demas para que participen de esta fortuna inesperada. Veis, pues, que las aves practican la comunidad de bienes, que nosotros desdeñamos; se aman y se socorren, al paso que nuestros ricos parecen más bien aves cebadas: retirados cada cual en su jaula, se hartan de riquezas hasta morir, mientras sus hermanos parecen de hambre» (1).

¿Qué sentimiento inspiraba este ideal de comunidad? En la órden de Pitágoras los afiliados eran hermanos; la amistad reemplazaba á los lazos de la sangre. Esta amistad contenia en gérmen la fraternidad. Apolonio la predicó claramente: «Toda la tierra es nuestra patria, decia; todos los hombres son hermanos y amigos, porque todos son hijos de Dios; su naturaleza es la misma, sean Griegos ó Bárbaros» (2). Una doctrina de caridad y de fraternidad es necesariamente una doctrina de paz. Pitágoras es representado como un pacificador. En tiempo de Apolonio, el Imperio romano proporcionaba á una gran parte del mundo antiguo los beneficios de la paz. Esto no impedia que las guerras fuesen crueles; el filósofo asistió á la destruccion de Jerusalem por Tito, las delicias del género humano. Se dice que el jóven héroe lloró su victoria, y que no aceptó las coronas que le ofrecian las naciones inmediatas, porque no habia sido más que un instrumento de la cólera de los dioses. Apolonio le escribió: «No has querido ser

(1) PHILOSTR., *Vit. Apoll.*, IV, 3.—LEROUX, *Enciclopedia Nueva*, p. 671.

(2) APOLLON., *Epist.* 44.

aplaudido por la sangre derramada; yo te ofrezco la única corona digna de tí, la de la sabiduría» (1).

En verdad, hay en este sabio del paganismo un reflejo de la luz que había brillado en el Oriente. El no lo ha echado de ver; su doctrina pertenecía á la antigüedad; pero, llegado ya á este punto, no faltaba al mundo más que dar un paso para hacerse cristiano. Las enseñanzas de Apolonio prepararon el terreno á los Apóstoles de Cristo.

#### N.º 4.—*El neoplatonismo.*

Gibbon trata á los neoplatónicos con profundo desden; según él, aquellos últimos representantes del espíritu helénico no conocieron el verdadero objeto de la filosofía, y sus trabajos sólo sirvieron para corromper el espíritu humano (2). El ilustre historiador, imbuido en las doctrinas antireligiosas del siglo XVIII, no podía comprender el neoplatonismo, el cual no tanto es una filosofía cuanto una tentativa de religión hecha por los sucesores de Platon. Esta tendencia se manifiesta claramente en uno de los bellos genios de la escuela. Proclo decía que «el filósofo no debe limitarse á adorar los dioses de una ciudad ó de algunos pueblos, que es sacerdote del mundo entero» (3). Su vida estuvo en armonía con esta elevada concepción. Conocía todas las religiones, celebraba todas sus fiestas, y se sometía á las privaciones que imponían con el ardor de un sectario (4). A la práctica de todos los cultos unía el estudio de todos los sistemas filosóficos. Hermes, Orfeo, Platon, Pitágoras eran igualmente venerados por él. Era un esfuerzo supremo del espíritu antiguo para conciliar la religión con la filosofía: armonizándolas entre sí, y con los trabajos de los sabios de todos los tiempos, esperaba devolver la vida á las antiguas creencias (5).

(1) PHILOSTR., *Vit. Apoll.*, VI, 29.

(2) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio romano*, c. 13.

(3) MARIN., *Vit. Procl.*, 19.

(4) TENNEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. VI, p. 286.

(5) BENJ. CONSTANT, *Del politeísmo romano*, libro 15.

La tentativa de los neoplatónicos tuvo una entusiasta acogida, porque respondía á una necesidad universal. Plotino fué venerado por sus oyentes como un hombre divino. Las familias ricas le nombraban tutor de sus hijos; los litigantes buscaban su arbitraje; sus discípulos abandonaban sus bienes, para dedicarse á la vida contemplativa; las mujeres le seguían á la soledad, renunciando á las delicias de las ciudades para escuchar al filósofo sexagenario.

Esta poderosa seducción era debida no tanto al genio de Plotino cuanto á su doctrina. La misma admiración se prodigó á hombres osenos pertenecientes á la misma escuela (1). ¿Por qué no lograron los neoplatónicos realizar la obra que habían emprendido? Después de haber destruido los antiguos dogmas, la razón filosófica quiso crear otros nuevos; desconfiando de sí misma, buscó en una intuición directa lo que la dialéctica negaba á sus esfuerzos; de aquí el misticismo en los unos y una extravagante teurgia en los otros (2). Las circunstancias políticas favorecieron aquel exceso de espiritualismo. La filosofía antigua llevaba impresa la señal del genio político de la raza griega; hasta el contemplativo Platon colocó á los filósofos al frente de su república ideal. Pero cuando cayeron las ciudades y los imperios, la filosofía se concentró en sí misma. ¿Cómo pensar en la vida pública bajo la dominación de los Césares? La influencia de las doctrinas orientales contribuyó á sacar á los pensadores fuera de la realidad. De aquí resultó una concepción de la vida muy diferente de la de la raza helénica. El fin de la vida no fué ya obrar, sino soñar (3). El cuerpo y todo lo que se refiere á la existencia material fué despreciado como la prisión del alma (4); la vida perdió el encanto que los Griegos habían encontrado en ella, y no fué considerada ya más que como un castigo, una expiación (5). Debíase evitar

(1) PORPHYR., *Vita Plot.*, c. 7, 9.—BENJ. CONSTANT, *Del politeísmo romano*, XV, 17.

(2) RITTEB, *Geschichte der Philosophie*, t. IV, p. 675.—COUSIN, *Curso de la Historia de la filosofía*, 8.ª lección.

(3) PLOTIN., *Ennead.*, III, 8, 5.

(4) PORPHYR., *Vit. Plotini*, c. 1, 2.—SIMON, *Historia de la escuela de Alejandría*, t. I, p. 504.

(5) RITTEB, t. IV, p. 590.—SIMON, *Ib.*, p. 513.